

La angustia subjetiva ante la producción del saber y la verdad

Ricardo García Valdez¹, Karen Happeth Cuevas Castelán²

“En momentos como aquel, de incertidumbre y angustia, Levin olvidaba todas sus dudas respecto a la existencia de Dios y, considerándose impotente, recorría al Todopoderoso implorándole que le ayudase. Su escepticismo había desaparecido al punto de su alma, como el polvo barrido por el vendaval. Él no se sentía con fuerzas para afrontar debidamente aquel trance, ¿y a quién podría recurrir mejor que a Aquel en cuyas manos creía ahora entregada a la que era todo su amor, su alma y aun su propia vida?”

León Tolstói

¿Habrá alguien que nunca haya conocido la angustia?

Con esta pregunta, estamos inmediatamente en el terreno psicoanalítico que se inscribe en la dimensión estructural.

La angustia es una experiencia humana fundamental, inevitable, vinculada a la existencia, especialmente a la conciencia, es decir al Yo, síntesis del aparato de percepción.

A nuestro juicio se imponen algunas observaciones sobre la angustia metafísica, antes de abordar la psicopatología, aunque es muy difícil establecer límites y fronteras. La angustia metafísica se ilustra en la pintura de Gauguin: “¿De dónde venimos, quiénes somos, hacia dónde vamos?”

Es este doloroso privilegio del hombre que se pregunta: ¿qué es lo que hace que el ser de este que soy... sea angustiosamente lo que soy?

Es también un cuestionamiento de algunos filósofos que van de San Agustín a Pascal y a Heidegger, quien dice que la angustia “es estar en el mundo, en relación con la nada”. Para Kierkegaard, por otra parte, cuya inspiración atrajo

¹ Psicoanalista. Profesor-Investigador del Instituto de Investigaciones Psicológicas de la Universidad Veracruzana. Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma Metropolitana. Maestría en Psicología Clínica por la Universidad Nacional Autónoma de México.

² Psicoanalista. Profesora-Investigadora de la Facultad de Psicología (Región Xalapa) de la Universidad Veracruzana. Maestría en Psicología (Línea de Formación en Psicoanálisis) por la Universidad Autónoma de San Luis Potosí.

a Lacan, la angustia es la escuela del hombre, un camino hacia la trascendencia.

De hecho, a menudo se separa la angustia que sería una fuerza motriz para muchos logros humanos y muchas sublimaciones, de la angustia inhibitoria, que sería el fracaso de la vida. El dilema central de la angustia metafísica es la cuestión de si: ¿es el hombre mismo su propia solución? ¿Es un creador de significado, o es tomado en un sentido que se le escapa por completo?

Freud usó el término neurosis de angustia en 1896 para describir un miedo sin objeto, una expectativa de peligro, que produce trastornos psíquicos.

¿Qué verdad y qué tipo de saber puede tener, ante la angustia, la cura analítica?

La verdad siempre tendrá algo irreductible que tendría que ver con lo Real; solo puede alcanzarse a través de la ciencia de la realidad, que es la lógica. La verdad de la angustia se localiza fuera del lenguaje y usa una combinatoria de letras y símbolos que, desde la teoría psicoanalítica, están hechos para “decir” una parte de su verdad. Al principio hay un axioma, que es verdadero, dado que si ese primer axioma es falso, la verdad de la angustia no puede ser alcanzada ni siquiera a través de su existencia en lo Real. Hay entonces varias “verdades”, lo cual está relacionado con el lenguaje, que además puede transmitir el equívoco y la mentira, y la “verdad” que se impone al hombre, generalmente está hecha de “verdades” reveladas en distintos registros; algunas requieren, sin duda, un acto de fe, una creencia.

En el psicoanálisis, es la verdad relacionada con el lenguaje, aquella que refiere al acto del analista, y esta verdad, debido a la división del sujeto, solo se puede decir a medias, siempre está amputada por la represión originaria.

¿Cuál puede ser esta verdad de la angustia del sujeto, excepto la de su propia angustia y sus síntomas y, por lo tanto, la verdad de su deseo que es el deseo del Otro? Esta verdad se remonta a los orígenes, a los que presidieron su

nacimiento, tal como Freud dijo en *Moisés y el monoteísmo*, la verdad –y particularmente la de la angustia- está del lado de la paternidad, de lo que da lugar en el linaje, lo que coloca al sujeto a través de su apellido, para significarlo como tal. Aunque es bien cierto que sólo la palabra de la madre puede designar la verdad de la paternidad.

En cuanto al saber, aquel referido a la angustia de un sujeto, es un conocimiento consciente de sí mismo, de su sufrimiento, que se dirige al analista sobre el cual no sabe al principio; luego un supuesto saber, que sería el soporte de la transferencia, y finalmente el saber que es ese saber retórico, que se equivoca con las palabras, o a través de la escritura.

El inconsciente entonces es una escritura que, correlativamente requiere lectura, en forma privilegiada a través de la clínica psicoanalítica. Hay estructura en esta escritura. Es una escritura que configura una forma de verdad, sin duda fantasmática, pero que no se acerca sin lógica. Es una transgresión sintomática, que permite una vía de rastreo del pensamiento inconsciente, amén de que permite su transmisión a un otro.

Escribir de este modo es por lo tanto un riesgo, un riesgo de tipo narcisista, y por ende un riesgo de compromiso. Ya no puede retornarse, hay un carácter definitivo, que testimonia y enfrenta al sujeto con su desaparición, *fading* en el que emerge su verdad no libre de angustia, pero que también le permite sobrevivir, ser su propio autor, crear y re-crearse. En una sociedad de consumo como la nuestra, existe (aún) el libro, que supone ser objeto de estudio y de transmisión de saber, siendo así un objeto-espejo narcisista que se debe erigir para exhortar a la producción de verdad, para pasar a ser luego un objeto desechable.

Depende de la práctica clínica del psicoanálisis, entonces, asegurar que el mismo no se vuelva, como algunos saberes sobre la angustia, dogmático por una verdad confundida con lo Real sin mediación del lenguaje.

La topología es, desde otro lugar, una escritura del inconsciente también. “Es la realidad del inconsciente”, dijo Lacan; siendo particularmente difícil hablar de ello sin confundirse. Esta topología debe someterse a la escritura, acercarse a ella con un discurso que es casi imposible porque la representación psíquica encuentra sus límites, esta realidad debe ser escrita, y... leída. Lacan introdujo los nudos borromeos desde el Seminario *Encore*. Realizó un largo desarrollo a lo largo de sus últimos seminarios y creó una clínica de lo real a partir de ahí, en la que distribuye los síntomas según los tres registros -real, imaginario y simbólico-, y las formas de conexión y desvinculación que introduce en estos nudos para distribuir los diferentes goces de los síntomas.

Recordemos, el deseo es antitético al goce. Empieza desde la *falta-en-ser*, está respaldado por la cadena de significantes y es en la palabra donde puede significarse. Pero el goce... no se puede decir; el habla es goce, pero no se puede decir, y el síntoma aparece en el lugar donde este goce permanece fijo; tan pronto como hay un significante, hay goce, pero el significante no puede nombrarlo y permanece excéntrico con respecto a este goce. El goce está limitado por el placer, pero nos lleva a la muerte, a la pulsión de muerte, y en definitiva a la Cosa.

Y... ¿Los psicoanalistas “prefieren” (para no decir *desean*) ser amados? ¿Es su defensa negarlo tan fácilmente? Sostener esto supondría que el analista no tiene demanda y que solo tendría una oferta apoyada por un deseo sin objeto. Estamos en el terreno del ideal, pero no deberíamos asumir tampoco ningún ideal de analista, lo que ya sería entonces... ¡una demanda narcisista! Este deseo sin objeto sería el deseo del Otro que se abre al amor, un sentimiento tan banalizado y buscado entre los humanos cuya literatura está llena de toda clase de correlatos de odio, lo cual... despierta un mayor entusiasmo, al menos en el discurso.

Sin embargo, la “odioamoración” funciona tanto, si no más, que el amor “puro”; y Dios, que solo sabe amar (y no odiar), sería entonces un ser muy ignorante. ¿Son los analistas igual de ignorantes? Probablemente no, porque su odio

circula en lo que Lacan llama la “masa analítica” donde la calumnia va bien, especialmente... con respecto a la práctica del otro.

Esta práctica, en su capullo, en su intimidad, toma el lugar de la escena primitiva, con el enigma de lo que puede suceder allí, fuente de rumor que destila a los significantes del odio, y cada profesión necesita su basura.

El término “desenlace” se utiliza para denotar el final, el final de una obra, una película, una historia. El resultado es feliz o desafortunado, es el final de una historia que no conocemos de antemano, lo que será una sorpresa.

El término también se aplica a la eliminación de un nudo de cuerdas, un nudo de cuerdas, cordones. Algunos nudos también son muy complicados de desenlazar, sin recurrir al ejemplo de Alejandro Magno, quien ha deshecho el nudo gordiano al cortarlo con su espada. Fue efectivo, pero no muy informativo, conocer la estructura del nudo y una forma destructiva de resolver un enigma.

Retomemos el resultado de una jugada o el resultado de un nudo borroneo. El desenlace de un psicoanálisis podría sostener a ambos: en el teatro estamos en la representación, como en el discurso analítico. ¿Hay un discurso que no sea pre-tensión? En el análisis como en el teatro, todo se transpone, hay una escena y... escenas, otra escena. En el teatro hay una interpretación; un orador (un actor) dice un texto de un autor, en el análisis un orador dice un texto que se atribuye a sí mismo, pero que también es el texto del gran Otro, del inconsciente.

El resultado del análisis sería el final del análisis. Este final del análisis es muy discutido. Según Freud, fallamos en la roca de la castración, debemos estar satisfechos con una identificación sexual. Según Lacan, sería una destitución subjetiva, asumirse un desertor, una pérdida de ser, lo que permitiría, después de varios ciclos, tomar conciencia de “en lo que uno está enredado”, el anudamiento de nuestra alienación. Aunque en medio... está la angustia.